



BERTRAND RUSSELL EN NUEVA YORK

JULIO CÉSAR
LONDOÑO

La Universidad de Nueva York invitó a Bertrand Russell a ocupar una vacante de la cátedra de filosofía en 1941. Alguien propuso su nombre y el Consejo Superior lo aprobó por unanimidad. La noticia se regó por el campus y todos los miembros de la comunidad suspiraron. Los profesores ya se veían iniciando sus intervenciones así: Mi colega Bertrand Russell y yo... Ahora un alumno podría decir: Lo siento, será otro día, tengo clase con Russell, y sus padres dirían *en passant* en las reuniones sociales: El muchacho va bien. Es el monitor de epistemología de Bertrand Russell.

Entonces ocurrió un imprevisto. Una señora domiciliada en Brooklyn, Jean Kay, presentó en su calidad de contribuyente una querrela ante el Tribunal Supremo de Nueva York para que se declarara nulo el nombramiento de Russell. Las razones: era extranjero y partidario de la inmoralidad sexual. Sorpresivamente,

la demanda tuvo un eco tremendo. La prensa, los obispos, los republicanos, los demócratas, los magistrados, los negros y los blancos hicieron causa común con la señora Kay. Usando citas tomadas de algunos libros de Russell (*La educación y la vida buena*, *El matrimonio y la moral*, *La educación y el mundo moderno*), el juez McGeehan acusó a Russell de promover el homosexualismo, el adulterio, la promiscuidad, la prostitución, la corrupción de menores, el nudismo, el ateísmo, la masturbación y el comunismo, y de orquestar una conspiración para arrebatarse los hijos a los padres y entregarlos a un Estado sin Dios. “La Universidad de Nueva York —aseguró McGeehan— pretende instaurar una ‘cátedra de indecencia’ y poner al frente a un sujeto lascivo y erotomaniaco, un ilustre profesor de paganismo”.

También hubo voces a favor, claro. Un amplio sector de la academia, donde se destacan los filósofos

Alfred Whitehead y John Dewey, el matemático Edward Kasner y Albert Einstein, apoyó el nombramiento de Russell. “Los grandes espíritus —advirtió Einstein desde el vecino Instituto de Estudios Avanzados de Princeton— han encontrado siempre una violenta oposición entre los mediocres. Estos no pueden aceptar que un hombre proteste contra prejuicios muy arraigados y utilice con valor y probidad su inteligencia”.

El 18 de marzo el Consejo Superior de la Universidad sometió el caso a votación y el nombramiento de Russell fue aprobado por 11 votos contra 7.

Entonces las críticas arreciaron. George V. Harvey, presidente del distrito de Queens, inició un movimiento para suprimir las partidas que la Universidad recibía del estado de Nueva York.

Joseph Goldstein, el abogado de Jean Kay, dijo que Russell y su esposa se habían exhibido desnudos en Inglaterra, que sus obras eran

venéreas, libidinosas, estrechas de criterio y desprovistas de fibra moral. Este anciano, de unos setenta años, aprueba el homosexualismo, escribe poesía salaz y no es un filósofo, como quiere hacerlos creer. Es un sofista. Demuestra sus falacias con astutos recursos y subterfugios. Expone argumentos que no están apoyados en un razonamiento sano; saca conclusiones que no se deducen de sanas premisas; todas sus supuestas doctrinas, que él llama filosofía, no son más que burdos, vulgares y gastados fetiches y proposiciones inventados con el fin de descarriar a la gente.

Mientras la caverna rugía con renovado entusiasmo, las editoriales y las universidades del país cerraron filas en torno a Russell. Random House lideró un pronunciamiento en favor suyo firmado por 27 editoriales. “Como editores, no suscribimos todas las opiniones de nuestros autores pero nos honramos en tener

en los catálogos las obras de las mentes más privilegiadas del mundo, en especial ahora, cuando la ignorancia desafía al intelecto sin argumentos, esgrimiendo apenas las armas de la desinformación y la fuerza bruta”.

El *New York Times*, “el mayor periódico del mundo”, terció de manera “salomónica”. Criticó a los puritanos diciendo que los criterios del juez McGeehan eran “peligrosamente vagos”, pero a renglón seguido anotó que el nombramiento de Russell era “inoportuno” y que “el filósofo debió tener la delicadeza de renunciar a la plaza en cuanto se hicieron evidentes los dañinos resultados de su nombramiento”.

Russell respondió diciendo:

Si solo hubiese atendido mis intereses personales, gustosamente habría renunciado a la plaza, pero no soy tan egoísta. No renuncio porque están en juego el buen nombre de los que me postularon, el principio de la tolerancia, el derecho a la libertad de expresión y el ejercicio del pensamiento crítico en la Universidad.

Por otra parte, considero oportuno que el *New York Times* aclare qué quiso decir cuando afirmó que mi nombramiento fue inoportuno. ¿Cuándo fue (o será) oportuno? ¿Cuando se tranquilicen los mojigatos? ¿Cuando morigere mis opiniones? ¿Cuando baje el dólar? ¿Cuando cambien las costumbres sexuales? ¿Cuando la especie privilegie el bridge sobre la masturbación? Mientras los redactores del diario no precisen las circunstancias de modo, tiempo o lugar, el uso de ciertos adverbios resulta peligrosamente vago.

En realidad los “pecados” de Russell eran proposiciones llenas de ternura y sentido común. Lo que hicieron sus enemigos fue interpretar de la peor manera sus mejores ideas sobre el matrimonio y la educación. Cuando Russell escribió, por ejemplo, que una aventura no debería ser necesariamente causal de divorcio, su fin era la preservación de la relación

de pareja, pero sus enemigos vieron aquí una clara incitación al adulterio.

Cuando dijo que los jóvenes deberían tener matrimonios temporales sin hijos, lo dijo pensando en los traumas que los divorcios causaban a los niños, pero los puritanos lo entendieron como un ataque a la familia y una incitación a la promiscuidad.

En realidad los “pecados” de Russell eran proposiciones llenas de ternura y sentido común. Lo que hicieron sus enemigos fue interpretar de la peor manera sus mejores ideas sobre el matrimonio y la educación.

Sobre el homosexualismo, dijo: “No hay un solo argumento serio contra las prácticas homosexuales. Toda la legislación sobre el tema y todos los estudios sobre esta ‘patología’ serían risibles si no estuviera de por medio la felicidad de millones de personas”. Y añadió: “Solo nos importa la homosexualidad masculina. Nadie dice nada sobre el lesbianismo. La mujer es tan despreciada en la sociedad actual, que solo nos asomamos a su habitación si hay un hombre adentro”.

Pensaba que era saludable tomar el sol sin ropa y que los niños debían ver a sus padres desnudos. “Tirar un manto de tabú sobre el cuerpo no es sano. Les creará la sensación de que existe un misterio, circunstancia que los llevará a la ignorancia, la malicia y el voyerismo”. Los puritanos dedujeron que Russell era exhibicionista y corruptor de menores. (Poco después de esta declaración, apareció en los muros de la Universidad una caricatura que mostraba al juez McGeehan gritando en un hospital: “¡Esta mujer ha parido un niño desnudo!”).

Los que lo acusaron de socialista, doctrina que profesó de manera pública, ignoraron sus duras críticas al comunismo soviético.

Lo más curioso de todo este escándalo es que las materias que Russell dictaría tenían poca relación con la mano, la pelvis, los cónyuges y los niños.

Filosofía 13: un estudio de los conceptos de la lógica moderna y su relación con la ciencia, la matemática y la filosofía.

Filosofía 24: un estudio de los problemas de los fundamentos de la filosofía.

Filosofía 27: las relaciones entre las ciencias puras y las aplicadas y la influencia recíproca entre la metafísica y las teorías científicas.

Finalmente, la Universidad perdió el pulso y canceló el nombramiento de Russell el 25 de noviembre de 1941.

El 26, Russell recibió un telegrama del rector de Harvard, donde solo dictaba una materia, un día al mes. “Docto profesor, lamento la decisión del Tribunal. Sobra que le diga mis sentimientos y los de esta casa sobre esa sentencia... Bueno, usted me conoce, seré franco: en realidad no lamento nada. ¿Puedo suponer que ya no tendrá excusa para dictar aquí Presocráticos II inmediatamente después de Navidad?”.

En 1944 el rey Jorge VI le concedió la orden del Mérito. En 1950 pronunció las conferencias Machette en Columbia y dictó un seminario sobre lógica borrosa en la China. En 1950 la Academia Sueca de Letras le otorgó el Premio Nobel de Literatura.

El siglo xx produjo otros “pterodáctilos renacentistas”. Paul Valéry, Alfonso Reyes, Jorge Luis Borges, George Steiner y Umberto Eco también podían pasar sin sobresalto alguno de la literatura a la matemática y de la filosofía a la lógica, y dictar conferencias sofisticadas en la lengua que el cliente indicara. Pero todos ellos son una suerte de diletantes glamurosos. Russell, en cambio, tuvo una relación íntima con cada una de estas materias. ■

Julio César Londoño (Colombia)

Ensayista y narrador. Columnista de *El País* y *El Espectador*. Finalista del premio Planeta de novela, Madrid-Bogotá. Premio Simón Bolívar, crítica literaria, Bogotá. Premio Plural de ensayo, México. Premio Juan Rulfo de cuento, París. “Aunque he fracasado con esmero en varios géneros y quehaceres, agradezco la circunstancia fortuita de ser esa cosa exótica, pedante y casi feliz, un hombre de letras”.